

cómo jules michelet inventó el renacimiento *

lucien febvre

Traducción de
Luis Alfonso Palau

Renacimiento: es raro que se pueda asistir al nacimiento de uno de esos conceptos históricos de los cuales los hombres han podido prescindir durante muchos siglos y que después, de golpe, se les imponen, con vida propia y se les vuelven tan familiares que incluso cuando los critican, ya no pueden seguir sin ellos, rechazarlos, escribir la historia como si no existiesen. Tiranía de la palabra, tiranía del nombre, aquella que tanto temían los primitivos. Para el primitivo, solamente la cosa nombrada puede ser poseída por aquel que la nombra. Para el historiador, muy a menudo, la cosa nombrada es la cosa que posee aquel que la nombra.

Gustosos hablamos de la máquina que creamos y que nos somete. Sólo existen máquinas de acero. La categoría intelectual que forjamos en nuestros talleres cerebrales se nos impone con la misma fuerza, la misma tiranía, y por lo demás vive con una vida tan terfáz como la mecánica fabricada en nuestras fábricas. Historia, caja fuerte tan excesivamente bien guardada, tan bien cerrada herméticamente. De aquello que alguna vez fue puesto a resguardo, nada se escapa.

Ahora bien, el concepto de Renacimiento, ese concepto prometido a destinos tan duraderos, el concepto de Renacimiento que se nos impone tan fuertemente que se podría formar toda una biblioteca con las solas obras que han sido escritas (en Francia y quizás mucho más en el extranjero), para reajustarlo, en cada instante de su existencia, a la realidad móvil de la Historia, ese concepto nació en Francia no hace mucho tiempo: máximo un siglo.

Releed los *Paseos por Roma* de Stendhal que aparecieron en 1829, *La Cartuja de Parma* y la *Abadesa de Castro* que llevan la tardía fecha de 1839: percibiréis con sorpresa que Stendhal no tiene palabra para reunir en gavilla todo lo que representa para nosotros en ideas y realidades ese concepto

* *Studi in onore di Gino Luzzatto*, Milán, 1950.

El traductor es profesor en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, seccional de Medellín.

de Renacimiento. Hojead esos artículos del *Globe* que Sainte-Beuve, en 1828, recogió y publicó bajo el título de *Tableau historique et critique de la Poesie Française au XVI siècle*: dos volúmenes de rehabilitación del Renacimiento poético y literario francés, que tanto tiempo permanecieron fulminados bajo los anatemas de los Clásicos; pero ni en el título ni en el texto reencontraréis (y de lejos esto nos parece un desafío casi imposible de mantener) la palabra *Renacimiento* que tan familiar nos es. Y la misma aventura correréis si abríis la *Introduction à l'Histoire Universelle* de Michelet, cuyo prólogo es de abril de 1831; y el prefacio de sus *Memoires de Luther* publicados en 1835, pero redactados en 1828-1829; y las *Notes* de sus cursos en la Escuela Normal, exhumados por Hauser (1832-1834). O bien todos los *Prefacios* de Víctor Hugo a lo que gustosos llamaríamos sus dramas del Renacimiento: *Lucrecia Borgia*, *Angelo*, *Tirano de Padua*, *El Rey se divierte* y *María Tudor*: nada. La noción de Renacimiento permanece ajena al poeta. Como lo es al Musset de *Lorenzaccio* (1834), de *Andrea del Sarto*, del *Hijo del Tiziano*, o de ese artículo de 1833 recogido en sus *Oeuvres complètes* e intitulado *Un mot sur l'Art Moderne*: allí Musset enumera los grandes "siglos" históricos, el de Pericles, el de Augusto y el de Luis XIV; sólo omite uno, el de León X, el siglo del Renacimiento.

Ciertamente, no olvidemos que antes de la mitad del siglo XIX la palabra Renacimiento se encuentra, aquí y allá, esporádicamente, bajo plumas diversas. Pero se trata siempre, en ese caso, del renacimiento de alguna cosa: lo más frecuente, de las letras o de las artes. Nunca se trata del Renacimiento a secas, con una R mayúscula, de ese glorioso período de la historia de Occidente en el cual, se nos dice, todo resucita a la vez: las artes sin duda y las letras, pero también las ciencias, la cosmografía, la geografía, la anatomía, las ciencias naturales. Y además, la fe cristiana revistiendo formas nuevas; y también la actividad económica, la riqueza de un siglo que ve doblar sus depósitos de oro y decuplicar sus existencias en plata; y finalmente, la misma concepción que se hacen del mundo, de la vida, del destino humano de los Occidentales. No fue porque Voltaire, en su *Ensayo sobre las Costumbres*, habla del brillo que pudo dar al reinado de Francisco I "el renacimiento de las letras", o Stendhal en su *Histoire de la Peinture en Italie* (1817) del "renacimiento de la pintura" que crearon la noción de Renacimiento: "Un renacimiento, es decir un gran desarrollo de la prosperidad,

de la riqueza y del espíritu": tomó la definición (que es curiosa) del tomo II de la *Philosophie de l'Art*⁽¹⁾ de Hyppolyte Taine (1855).

Bien o mal escogida, la palabra que designará todas esas transformaciones materiales y morales, estéticas o económicas no se usa en Francia más que a partir de 1850: digamos, entre 1850 y 1860.

Así, cosa sorprendente: no hace un siglo que esta noción, de la cual ya no podríamos prescindir, parece que se implantó en Francia, que proliferó allí, que se definió agresivamente con respecto a la Edad Media (noción ésta que sólo representa también una construcción reciente). Singular potencia de las palabras. Palabras que la historia inventa pero que tan pronto inventa se le escapan. Corren su fortuna. Conocen su destino.

Renacimiento: podemos levantar el acta de bautismo en regla de este concepto prometido a tan altos destinos. Quiero decir en Francia. Nació en una fecha fija en 1840. Y de padre conocido, auténtico, ilustre.

En aquella época —quiero decir, con precisión, en 1838— se podía ver en París, dos veces por semana, a un hombre de cuarenta años, de aspecto joven, cuerpo menudo, cabeza con mucha fuerza coronada de cabellos blancos de plata⁽²⁾, dirigirse hacia el Collège de France.

No era ya el hombre de treinta años que, diez años antes, durante el invierno 1828-1829, dos veces por semana igualmente, atravesaba la Plaza del Pantheon a eso de las seis y media de la mañana, vestido con un frac negro, de guirindola de encajes y llevando con elegancia pantalones cortos y medias de seda. Saliendo de la calle de l'Arbalète a esa hora matinal y en ese atuendo de corte, llegaba

1. *La peinture des Pays-Bas*, cap. II.

2. Recuerdo que el libro fundamental sobre Michelet es el de mi maestro Gabriel Monod: *La vie et la pensée de Jules Michelet*, Curso profesado en el Collège de France, París: Champion, 2 vol. in 8°, 1923. Poseedor de los papeles inéditos de Michelet que depositó en la Bibliothèque Nationale de París, Monod pudo utilizarlos para escribir su obra, que guardará así valor de fuente hasta el día que los papeles de Michelet sean comunicados al público. *Nota del editor*, 1961: ver los trabajos de Paul Viallanneix, aparecidos en 1959 y 1960.

con paso rápido hasta la calle Saint-Jacques y los salones que ocupaba la Escuela Normal Superior bajo los techos del viejo Luis-el-Grande. Este hombre, Jules Michelet, enseñaba historia a la princesita Louise, hija de la Duquesa de Berry. Y era para poder llegar a las 8 a las Tullerías que había programado a una hora insólita sus lecciones a los futuros profesores. Subía rápidamente las escaleras hasta el desván. Un muchacho somnoliento anunciaba su llegada. Y se veía, a lo largo de los corredores húmedos y deteriorados, deslizarse uno a uno, como sombras, a los infelices alumnos arrancados del sueño, párpados semicerrados y pies arrastrados, cada uno llevando su candil en la mano. Pero, desde que Michelet tomaba la palabra, todo se olvidaba, la fatiga, el frío, la húmeda fealdad de esos lugares miserables; un movimiento de varita y el auditorio volaba con el ardiente mago a un mundo de hadas donde todo era luz, calor y vida...

En 1838, cuando Michelet iba al Collège de France su traje era más burgués. De esa fecha tenemos de él un precioso retrato. Es de un hombre excelente, Etienne Gallois, que habiendo reemplazado a Michelet en su cátedra de historia en Santa Bárbara, guardó toda su vida el orgullo de esa sucesión. "Michelet, nos dice Gallois, se dirigía al Collège en un traje correcto, con un caminado aprisa y serio. Una modestia natural y un poco confusa, quizás un poco más aún que el hábito de la meditación, le hacía llevar ordinariamente baja su mirada... El óvalo de su cara, su frente surcada de arrugas precoces, sus rasgos adelgazados por el trabajo nos recordaban a otro profesor que había tenido su cátedra, con más esplendor aún, en la Sorbona: Guizot".

Cuando Etienne Gallois dibujaba así a Michelet⁽³⁾, éste estaba recién entrado al Collège. El 23 de Abril de 1838, en presencia del gran Maestro de la Universidad, el Sr. de Salvandy (el mismo que habría de revocarlo el 12 de Abril de 1852) había tomado posesión de su cátedra. Y dos años más tarde, en un célebre curso inaugurado el 2 de diciembre de 1839, comenzaba la historia moderna de Francia de la que acababa de terminar su historia medieval. Creaba "el Renacimiento". Y lo definía: "La amable palabra Renacimiento, escri-

birá más tarde, no recuerda a los amigos de lo Bello más que el advenimiento de un arte nuevo y el libre vuelo de la fantasía. Para el erudito es la renovación de los estudios sobre la antigüedad; para el legista, el día que comienza a brillar sobre el discordante caos de nuestras viejas costumbres". ¿Y eso es todo? No. Pues Michelet no creó una palabra; Michelet creó una noción histórica. La noción de una fase para comprender y por definir de la historia humana de Occidente. Y, precursor como siempre, ha creado esta noción antes incluso de que los hombres, sus contemporáneos, estuvieran listos para comprenderla verdaderamente, para darle todo el sentido que él mismo pretendía encerrar en ella.

La creó porque ella respondía a la exigencia de su historia, de esa historia humana y viviente que estaba realizando desde hacía ya años. Y habiéndola engendrado así, habiéndola sacado de las profundidades de su genio creador —si la bautizó "con el amable nombre de Renacimiento", como él dice, como un clásico que sabe dar a las palabras su sentido original— fue sin duda porque ese nombre estaba en el aire; porque se lo empleaba para designar ora el renacimiento de las artes, ora el renacimiento de las letras, y a veces las dos a la vez; pero finalmente no se imponía. Provisto de un sentido bastante restringido (de despojamiento por los hombres, en dos o tres generaciones, de una vestimenta medieval que se había vuelto pesada y desagradable en sus espaldas, y de revestimiento, bajo una luz nueva, de un blanco vestido primaveral) ¿estaba incluso verdaderamente indicado para expresar ese doble movimiento mucho más aún que un cambio de decorado y de vestido, mucho más que el triunfo de un gusto nuevo en las letras y en las artes? ¿Ese doble movimiento de la creación lenta y la adopción progresiva de una concepción revolucionaria del hombre y del mundo, del lugar del hombre en un universo agrandado, ampliado y profundizado a la vez? Pues es claro que éste es el Renacimiento de Michelet: tan original que serán necesarias dos o tres generaciones para agotar verdaderamente la concepción.

Sí, es cierto, para designar esto que es inmenso, Michelet hubiera podido, después de todo, buscar otra palabra. E imponerla con la fuerza de su genio. Si no lo hizo fue porque la inspiración de un Michelet fue siempre personal. Fue porque ese gran iluminado, ese gran místico, encontrando aquí y allá la palabra renacimiento aplicada a la historia de

3. E. Gallois, Jules Michelet. *Notes recueillies a son cours du Collège de France*, en 1838-1839.

las artes y de las letras, se la apropió violentamente. En ese nombre común, trivial, que parecía comenzar una humilde carrera de vocablo para manuales escolares, él vació bruscamente la vida abundante que llevaba en sí mismo. Todo su gusto nostálgico y violento por la muerte y por los muertos: de una muerte que nunca fue para él más que la puerta de otra vida. Toda su fe ardiente e inmutable en la inmortalidad. Toda su aflicción al día siguiente de un duelo que lo agobiaba, toda su esperanza al inicio de una pasión que lo resucitaba. Así nació, así salió de las profundidades de Michelet esta noción tan fecunda, tan original, de Renacimiento. La creó en uno de esos paroxismos, de esos espasmos fecundos que sólo tienen el privilegio de conocer los más grandes; en las horas benditas en que realizan en su crisol una de esas síntesis de elementos morales a la que tiende su deseo como el de los químicos tiende a las síntesis de elementos físicos ⁽⁴⁾.

* * *

En el mes de julio de 1839, Michelet había perdido a su primera mujer, Pauline Rousseau. La había desposado sin pasión, por deber, sin haber puesto en esta unión nada de la espontaneidad sentimental que había puesto en los frescos idilios de su juventud. No por ello Pauline Rousseau mantuvo su hogar menos fielmente durante quince años; no por ello dejó de darle sus dos hijos, Adela y Carlos; no había dejado de ser para él la compañera de los días difíciles aunque la había dejado demasiado sola de corazón y de pensamiento; y Michelet podía reprocharse ante su lecho de muerte ⁽⁵⁾ no de haberla traicionado sino de haberla descuidado moralmente demasiado, de haberla mantenido excesivamente al margen de su vida intelectual, de su verdadera vida. Paulina, un hábito y una comodidad. Querida por Michelet en la medida en que se integraba para él al hogar, a ese modesto interior burgués poco a poco conquistado sobre las incomodidades por un hombre cuya infancia toda había conocido, sino la miseria, al menos la pobreza, y los perpetuos trasteos de calle en calle, de barrio a barrio, y los cuartos sin fuego

4. Recuérdese la admirable definición de historia que da Michelet: "La historia es una violenta química moral donde mis pasiones individuales se tornan generalidades, donde mis pueblos se hacen yo, donde mi yo vuelve para animar mis pueblos" (Monod, I, 74).

5. Sobre este punto ver Monod, *op. cit.*, II, 40.

y las comidas sin pan. Ahora Paulina reposaba en Père-Lachaise, en la tumba adornada con una inscripción latina que Michelet había compuesto para ella, no muy lejos del lugar donde, bajo el nombre de su marido, la segunda mujer del historiador pensará en construir para ella un fastuoso mausoleo.

Semanas de perturbaciones, de enervamientos, de mediocres aventuras y de contactos sin gloria. Y después una pasión, surgida bruscamente en la vida del historiador. Había conocido a la Sra. Dumesnil; se había encantado con una comunidad de pensamiento y de sentimiento (que por lo demás él exageraba en su primer impulso) con esta mujer inteligente, sensible y digna de él; he aquí que después de una muerte sentimental volvía a florecer en su corazón una vida nueva, una *vita nuova*. *Mors et vita*: para el místico Michelet, los dos términos estaban ligados, indisolublemente, con un vínculo necesario, la vida que sale de la muerte, la muerte abriendo la puerta a nuevas vidas ⁽⁶⁾. Nacimiento, muerte, Renacimiento: tríada familiar al historiador. Como le era familiar la aliteración: "nacido, renacido", que emplea tan a menudo ⁽⁷⁾. A causa de su nuevo amor, re-nacía a la vida. Llevaba consigo un sentimiento profundo, exultante de renacimiento. Y cuando encontraba bajo su pluma, o bajo la pluma de uno de sus contemporáneos, esa palabrita con minúscula que, con otras (restauración, renovación, resurrección), servía para designar, sin más, una transformación de las letras y de las artes en el umbral de los tiempos modernos, se detenía, sonreía a esa palabra que le sonreía y la guardaba para más altos destinos ⁽⁸⁾.

* * *

6. Ver la bella carta de Michelet a su yerno Alfred Dumesnil para comunicarle el nacimiento de su hijo del segundo matrimonio, que no se crió. "Se llama Lázaro... Lázaro quiere decir resurrección, bella palabra, bello nombre, bella fecha... Resucitar, nacer o renacer, creo que es la misma cosa", julio 3 de 1850 (Jules Michelet, *Lettres inédites à Alfred Dumesnil et à Eugène Noël*, 1841-71, publicadas por Paul Sirven, París, Presses Universitaires, 1924).

7. "Después de muchas pruebas que conté en otra parte... muerto y renacido yo hice el Renacimiento" (*Histoire de France*, Prefacio de 1869).

8. Ver en el libro de Gabriel Monod (I, 54, n. 1) una nota muy precisa de Michelet indicando que su curso de 1840 sobre el Renacimiento fue el resultado, a la vez, del desespero que le causó la muerte de Paulina, y del "renacimiento" (la palabra está allí con todas sus letras)

Pero esto no es todo. Michelet acababa de escribir un libro que es para nosotros, con su *Jeanne d'Arc*, el mejor sin duda de su historia de la Francia medieval. Quizás su obra maestra como historiador: su *Louis XI*. Libro lúcido, agudo, lleno de adivinación ⁽⁹⁾. Pero no lo había escrito sin sufrimiento. Los hombres que, al descender el curso de las edades y que pasan del siglo XIII al XIV, del XIV al XV, él había encontrado en su camino, no había podido adoptarlos sentimentalmente. Había sufrido con su necesidad apasionada de amar el pasado que él resucitaba. En el fondo, sus verdaderos amores estaban allí. Para Michelet no son las criaturas carnales; es la Historia, primero y ante todo la que lo posee, lo devora, no deja lugar en él para las verdaderas pasiones. Los muertos comen su médula, los muertos comen sus huesos, los muertos devoran su substancia: él lo dice, lo escribe veinte veces, cien veces, en sus cartas, con agobio y orgullo ⁽¹⁰⁾. Pero en su sentido los muertos del siglo XV eran villanos muertos. Y él los había detestado resucitándolos. Courajod, ese otro nervioso, escribió en alguna parte una página cruel sobre los bustos que nos quedan de esa época desgraciada: bustos de degenerados, de rostros astutos, malevos y bajos. Michelet lo habría suscrito completamente.

Ante él, sólo se habían levantado dos grandes figuras. La una la había pintado como en fresco

que hizo nacer en él su encuentro con la señora Dumesnil.

9. Recuerdo que Michelet publicó los tomos I y II de su *Histoire de France* en 1833. El t. III (Felipe el hermoso) apareció en 1837; el t. IV (Carlos V y Carlos VI) en 1840; el t. V (Carlos VII y Juana de Arco) en 1841; el t. VI (Luis XI) en 1843, en diciembre. Después de lo cual (y mientras que el *Renacimiento*, profesado en 1840 estaba redactado ya en parte), Michelet abandona la *Histoire de France*, publica los *Jesuitas*, el *Cura*, el *Pueblo*, después (1847) el t. I de la *Histoire de la Révolution*. Terminada ésta, reemprende la *Histoire de France* y hace aparecer sucesivamente, en 1855, *Renacimiento y Reforma*.

10. A Eugène Noël, octubre 17 de 1853: "Este libro me devora... he bebido demasiada sangre negra de los muertos". A Augusto de Gerando, 18 de septiembre de 1849: "Aquí cumplí una tarea muy ruda, revivir, rehacer y sufrir la Revolución. Acabo de atravesar septiembre y todos los horrores de la muerte; masacrado en la Abadía, voy al Tribunal Revolucionario, es decir a la guillotina..." etc. Toda la recopilación de Sirven está llena de textos de este tipo.

ampliamente. La otra la había trazado con pequeños toques, cien veces retocados. Por una parte el Temerario, esa prefiguración de Carlos V. Por otra parte, Luis XI, el rey burgués, de nariz afilada, de perfil agudo como el de Panurgo. Y de estos dos hombres, el primero lo repelía, por lo que tenía de turbio, de violento, de furioso, de un poco loco; pero cómo no le atraía tampoco ese Gran Duque de Occidente, frente a quien estamos en paz cuando hemos dicho, precisamente, con desdén: un medio-loco". El Temerario, ese melómano apasionado, ese hombre que durante horas, se hundía en la contemplación muda de los mares furiosos y de los oleajes desatados; el Temerario a quien un poco de vino afiebraba, que sus cóleras sanguíneas ahogaban, que ora se liberaba en chorros de elocuencia, ora se estrangulaba de furia sin poder decir una palabra, y que con sus manos mataba a un arquero que no estaba bien filado en una revista militar. El Temerario, ese Picrochole que "emprende todo" pero que no termina nada, y que zozobró ante Nancy, en el barro congelado del lago Saint-Jean, donde sus fieles tristes no reencontraron sino un cuerpo desnudo y ya ruído por los lobos. El Temerario, ese luchador y ese laborioso. Ese gran fabricante de órdenes meticulosas. Ese matador indómito de jabalíes furiosos. Ese hombre de ojos azules, clarísimos, picados como de flores en un rostro de mulato.

Atraía, repelía a su pintor. Le hacía dar miedo. Pero finalmente mucho menos que su adversario, el rey burgués Luis XI. Y precisamente era el burgués el que horrorizaba a Michelet. Pues le era necesario, en el punto al cual había llegado, contar el advenimiento de la burguesía: ¡pero cómo era de pesada esa tarea! Ante todos esos burgueses él no sentía el gozo natural, el contento satisfecho de un Augustin Thierry, tan feliz de vivir bajo la Monarquía de Julio, con su hermano Amédée, en su tranquila prefectura de Vesoul. Como tampoco sentía el orgullo de un Guizot, demasiado presto a clamar su "¡Enriqueceos!" a hombres y a mujeres que sólo lo escuchaban en exceso.

¿Que yo invento? Pues no. Leed las cartas de Michelet, llenas de reclamos, de quejumbres, de desconfianza. El historiador se asfixia, se arrastra por el suelo "en esta prosa", como le escribe a Alfred Dumesnil el 15 de octubre de 1841. Y ya medita el párrafo XII de su *Introduction à la Renaissance* —el párrafo XII que se titula: "La Farsa de Patelin. La burguesía. La molestia"—Patelin, la marsellesa de Vol. Patelin que traduce

la bajeza del pueblo y la bajeza de la burguesía: "esa noble enseñanza mutua de la burguesía al pueblo". Exactamente como el Pequeño Jehan de Saintré aclara y traduce la decadencia moral de la nobleza.

Y Michelet se extenúa a través del desierto burgués, Michelet tiene sed, una sed horrible, una sed mortal. Michelet grita: "¡A beber!" como los héroes de Rabelais. ¡Tiene tanta necesidad de ser remozado, refrescado, renovado! Bruscamente, llega al reino de Carlos VIII. A las guerras de Italia. Buen peatón de las Ardenes, él se pone en marcha. Sigue la columna. Y he aquí que escucha, en las sombrías calles de Florencia, el pisoteo de los soldados de infantería fanfarrones. He aquí que escucha el martilleo sobre las losas de los caballos de ordenanzas, el estruendo retazón de los pesados cañones. Y la Cúpula de Brunelleschi, y la roja Señoría, y Savonarola levantándose ante él. Bruscamente, es como darle vuelta a la gran roca de Gondo para tomar el descenso del Simplon: de golpe, toda Italia con sus bellas muchachas bajo el despejado cielo, sus frutos de oro, sus hombres ágiles, sus ciudades llenas de historia, sus iglesias llenas de estatuas y de cuadros. Toda Italia y su felicidad de vivir una vida bella, exaltante, desinteresada, una vida noble que embellecen los cuidados del espíritu. Toda Italia, y su grandeza, y su poesía eterna.

Entonces la palabra brota. La palabra sube a los labios de Michelet transformada, liberada, regenerada. La palabra: *Renacimiento*. ¿De las letras, de las artes? ¡Claro que se trata de eso! Renacimiento: una renovación total de la vida. Un bienestar. Una esperanza. Rostros de hombre que no contemplan más, con fealdad, esa decadencia, esa agonía cruel de la Edad Media, sino que se dan vuelta, radiantes, hacia el porvenir. Llenos de fe. Con grandes resplandores en los ojos, y esa risa gozosa, esa risa con hoyuelos de los bellos hijos de Donatello...

Fue así como nació el Renacimiento. Así fue bautizado el Renacimiento. Este hijo de Michelet, ¿nació de su cerebro? No tanto, ciertamente, como de su corazón, de su sensibilidad en rebelión y a la espera, de su amor invencido por la vida⁽¹¹⁾. El

mismo lo ha dicho, en uno de sus resúmenes poderosos de los cuales tenía el secreto: "El Renacimiento es el Renacimiento del corazón".

* * *

¿Termina aquí la historia? No ciertamente.

Para que el Renacimiento naciera, para que recibiera su estado civil, era preciso no solamente que Michelet se desprendiera del oscuro túnel del siglo XV que acababa de atravesar con lucidez y disgusto. Detrás del siglo XV, estaba el siglo XIV y el XIII, y ese gran siglo XII, el siglo de Abelardo, del cual él ha mostrado su savia y su fecundidad: hará salir de sí, un día, en su celo de neófito, la verdadera era del Renacimiento. En una palabra, tras Luis XI y el Temerario estaba la Edad Media que los hombres de su tiempo habían engalanado con tal prestigio que el mismo Michelet había adorado con tanta devoción. Esa inmensa catedral de la Edad Media, a la cual los franceses sensibles y cultivados, desde Chateaubriand, no entraban sino con recogimiento, con la cabeza desnuda, arrodillados, como ante el altar más sagrado de su civilización tradicional...

Si este altar hubiera guardado todo su prestigio a los ojos de Michelet no hubiera habido Renacimiento posible. O más bien, el Renacimiento no hubiera sido, más allá de una flexión senil, sino una resurrección de la Edad Media original, de la Edad Media en su pureza primera, de la verdadera Edad Media en lo que tuvo de mejor... Pero el Renacimiento de Michelet no fue restitución de la pureza medieval. Fue negación de la Edad Media. Ruptura de la tradición. No añadió un eslabón a la cadena. Salió de la nada. *Tabula rasa*. O, si se prefiere, *Milagro*. Michelet lo ha dicho a su manera, magníficamente: "el lance heroico de una inmensa voluntad".

Le era preciso. ¿Por razones de orden intelectual o, si se prefiere, de orden histórico? Pues no. Por razones de orden personal. Un Michelet no

"Nunca antes había recogido una masa tan grande, que acordaba en una unidad viviente tal cantidad de elementos en apariencia discordantes. Todos estos elementos estaban en mí desde hacía mucho tiempo, pero solamente como conocimiento; hoy se han vuelto *mis* sentimientos, *mis* propios pensamientos; si toda esta historia exterior es ahora muy simple, es porque *habiéndola encontrado en mí se ha vuelto yo mismo*".

opera en frío sobre la historia. En esos años 40, un drama se anuda en él y se desanuda. En esos años 40, Michelet se desprende a la vez de la Edad Media, ¿y es necesario decir que del Cristianismo, o de la Iglesia? De la Iglesia primero, de los Sacerdotes, de los Jesuitas y, en consecuencia, del Cristianismo. Y de su arte medieval, el arte gótico. En esos años 40. Michelet rechaza aquello que hasta entonces le había nutrido. Y como él era violento en sus pasiones, no se contenta con renunciar. Alejándose de sus antiguos amores. Le era necesario pisotear. Negar, matar. Para poder vivir tranquilo en su Renacimiento. Michelet mata, acaba, asesina "ese estado extravagante y monstruoso, prodigiosamente artificial": la Edad Media cristiana.

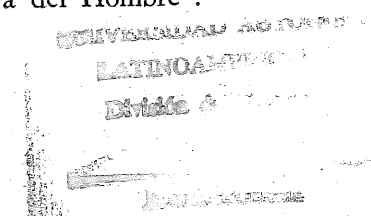
Drama de conciencia evocado veinte veces. Y primero en el *Peuple* de 1846: recordemos la confesión que cierra el libro. "A la Edad Media en la que pasé mi vida, de la cual reproduje en mis libros su admirable e impotente aspiración, le he dicho: ¡Hacia atrás!, hoy que manos impuras la sacan de su tumba, y ponen esta piedra ante nosotros para hacernos caer ahora que caminamos por la vía del porvenir".

Drama de conciencia. Solamente cuando el hombre que sufre, y que rompe, se llama Michelet... Pero ¿qué iba yo a escribir y qué tiene que hacer el genio en ese asunto?

Un tonto, un pobre hombre, un maestro oscuro, encuentra una vasta playa de hechos innombrados entre la edad antigua, *Aetas antiqua*, y la edad moderna, *Aetas moderna*, ya definida por sus contemporáneos. La bautiza Edad intermedia: *Aetas media*. Y ese nombre perdura. Y la "Edad Media" así creada, toma cuerpo y toma vida. Se vuelve poco a poco una realidad. Un ser viviente. Una persona que nace, crece y se desarrolla, declina y muere. Un individuo del que se hace la psicología. Gravemente. Como si existiera verdaderamente. Como si hubiera existido siempre.

Pero por su lado un gran historiador, un creador genial, un Michelet anuda en haz, por primera vez, hechos heterogéneos pero contemporáneos. Bautiza el todo con un bello nombre, "Renacimiento", que encuentra viviente en él por razones completamente personales. Así el Renacimiento, esa etiqueta, se vuelve a su vez una realidad que se opone a la Edad Media. La enfrenta y la destruye. Pero también determina, en amplia medida, nuestra manera de concebir la Edad Media.

Un pedante anónimo. Un Michelet de genio. El resultado es el mismo. ¡Qué lección de modestia, pero también de relatividad! Y cómo tengo de razón al escribirlo, mucha más razón aun de lo que podría creer: "Historia, ciencia del hombre. Historia, obra del Hombre".



11. Bello texto en una carta a Dumesnil del 15 de mayo de 1841 (Sirven, p. 12); se trata del Renacimiento: